

UN ESTUDIO DE LA VIDA DE CRISTO PARA APRENDER A SER COMO ÉL

V. NUNCA OS CONOCÍ (7:21-23)

El Señor Jesús advierte de aquellos que profesan falsamente reconocerle como Salvador, pero que nunca han sido convertidos. No todo el que llame a Jesús Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos. Solamente aquellos que hagan la voluntad de Dios entrarán en el reino.

El primer paso para hacer la voluntad de Dios es creer en el Señor Jesús (Jn. 6:29). La genuinidad de la fe en Cristo se manifiesta en las obras: “*¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?*” (Sant. 2:14). La fe que no tiene obras no es genuina fe. De modo que, si alguien profesa que ha confiado en Cristo como su Salvador, sus obras han de manifestar la realidad de dicha profesión.

Muchos, como los cretenses, “*profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra*” (Tito 1:16).

En Lucas 6:46 dijo: “*¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?*” En Mt. 7:21 dijo: “*el que hace la voluntad de mi Padre*” entrará en el reino de los cielos. “Hacer” está en presente continuo. Creer en Cristo significa confiar en Él en todo momento y vivir de acuerdo con Sus principios. El mismo Señor describe al hombre que ha edificado su casa sobre la roca (Cristo) como el que le oye y hace lo que oye. Muchos piensan que son cristianos y buscan hacer obras por Dios, pero no son genuinos; por otra parte, muchos genuinos cristianos han dejado de confiar en Cristo y sus obras lo manifiestan.

No tengamos temor de declarar lo que Cristo ha dicho en este pasaje porque revela la condición espiritual de muchos profesantes; más bien tengamos temor de Dios y continuemos día a día creyendo en Cristo manifestando nuestra fe mediante el oír y el hacer lo que Él nos manda.

J.C. Ryle dijo: “Aprendemos en este pasaje la inutilidad de una mera profesión externa del cristianismo. No todo el que dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos. No todo el que profese o se llame a sí mismo cristiano será salvo.

Consideremos seriamente lo siguiente. Requiere más de lo que la gente piensa que es necesario para que un alma se salve. Podemos ser bautizados en el nombre de Cristo y enorgullecernos confiadamente de nuestros privilegios eclesiásticos. Podemos tener solo conocimiento en la cabeza de la vida cristiana y estar satisfechos con el estado de nuestra alma. Puede haber aún predicadores y maestros que hagan “muchas obras grandiosas” en conexión con la iglesia. ¿Pero, han estado haciendo todo este tiempo la voluntad de nuestra Padre celestial? ¿Verdaderamente nos hemos arrepentido, hemos creído en Cristo, y vivimos vidas santas y humildes? Si no, a pesar de todos nuestros privilegios y profesiones, no entraremos finalmente al cielo y seremos de los desechados. Escucharemos estas palabras aterradoras: “*Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*” (Mt. 7:23). El día de juicio revelará cosas extrañas. Las esperanzas de muchos, que pensábamos que eran grandes cristianos mientras vivían, serán totalmente reveladas como falsas esperanzas. La podredumbre de su religión será expuesta y serán avergonzados. Entonces se probará que ser salvo significa algo más que “hacer una profesión.” Debemos hacer de nuestro cristianismo una vida práctica, así como una profesión. Pensemos que habrá un día en que se revelará lo que realmente somos. Por lo tanto, examinémonos a nosotros mismos si estamos en la fe, probémonos a nosotros mismos”

Probémonos si somos reales, verdaderos y sinceros en nuestra profesión cristiana (2 Co. 13:5). Recordemos que por los frutos se reconoce si un árbol es malo o bueno.

Cristo muestra que no basta reconocerlo como nuestro Amo sólo de palabra y lengua. Es necesario

para nuestra dicha que creamos en Cristo, que nos arrepintamos de pecado, que vivamos una vida santa, que nos amemos unos a otros. Esta es su voluntad, nuestra santificación (1 Tes. 4:3)

Pongamos cuidado de no apoyarnos en los privilegios y obras externas, no sea que nos engañemos y perezcamos eternamente con una mentira, como lo hacen multitudes. Que cada uno que invoca el nombre de Cristo se aleje de todo pecado.

Todos sabemos que la profesión de lealtad carece por completo de valor. Escuchar la ley y desobedecerla es la peor blasfemia de la que el hombre puede ser culpable. Quizás hayas escuchado en algún lugar a un niño de un barrio marginado usar lenguaje profano y hayas dicho: “Está tomando el nombre de Dios en vano”; es un pecado terrible. Lo es. Pero cuando oraste: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino, hágase tu voluntad”, a menos que estés haciendo Su voluntad tu blasfemia es peor que la del niño del barrio marginado.

Jesús dijo que “*en aquel día*” le dirá al hombre que dice “*Señor, Señor*”, pero no le obedece: “*Nunca os conocí.*” Sí, la blasfemia del santuario es más terrible que la blasfemia del barrio. Orar “*Señor, Señor*” y desobedecerle es la esencia misma de la vileza. Eso fue lo que hizo Judas: ¡lo besó y lo trajo!

Estos profesantes se jactaban de profetizar en Su nombre, echar fuera demonios, y en su nombre hacer muchos milagros. Sí, habían hecho todo menos la voluntad del Señor. Esperaban compensar la desobediencia a Su voluntad, en su vida personal, haciendo muchas cosas por Él en su iglesia, su ciudad y en el mundo. Jesús los describió como “*hacedores de maldad.*”

Así que si nosotros, que hemos profetizado en su nombre, le desobedecemos en los asuntos individuales y personales de nuestra vida; si predicamos el evangelio, y aun así no nos sometemos al Rey en todos los detalles de nuestra vida, ¿qué sucedería entonces? Nuestra predicación es iniquidad, nuestra expulsión de demonios es pecado. Todo servicio es rechazado, excepto el servicio prestado por quienes hacen la voluntad de Dios.

Cristo dijo: “*Entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.*” La sentencia final saldrá de los propios labios del Señor. Su veredicto será definitivo.

“*Nunca os conocí*” no significa que no supiera de ellos, ni supiera sus nombres, ni observara sus vidas, sino que no había intimidad ni comunión con ellos. Tomaron Su nombre para hacerse un nombre, para obrar sus milagros, y para propósitos egoístas; pero no le conocieron, ni Él los conoció.

¿Qué haremos ante estas palabras? Será mejor que nos refugiamos en alguna cámara secreta y solitaria y las volvamos a leer. Será mejor que nos preguntemos: ¿Hemos pasado alguna vez por la puerta estrecha? ¿Nos ha engañado algún falso espíritu de profecía, que dice lo correcto y vive la vida equivocada? ¿Hemos estado diciendo: “*Señor, Señor*” y no haciendo Su voluntad? ¿Crees que todo esto es duro y severo? Es la dureza y la crudeza del amor infinito ya que el Señor ha de salvarnos de todo lo que daña, arruina, maldice y corrompe.

Muchos, basándose en una simple profesión, reclaman la entrada al reino de Dios. Muchos alegan haber hecho milagros y predicado o profetizado mucho, y por ello exigen entrar al cielo. Pero el profetizar u obrar milagros no tiene necesariamente que ver con la piedad. En ninguno de estos casos hay una conexión necesaria con el carácter moral. En el día del juicio se encontrarán muchos dotados de poderes proféticos o milagrosos, como Balaam o los magos de Egipto; de la misma manera que se encontrarán muchas personas de talentos distinguidos, pero carentes de piedad, que serán excluidas de Su reino. En 1 Corintios 13:1-3 Pablo dice que, aunque hablara con lenguas angelicales, tuviera el don de profecía, pudiera trasladar montañas y no tuviera amor, todo sería en vano.

Tarea: Memorizar Mateo 7:21

“*No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.*”